

El mensaje a Laodicea - Ap 3:14-22

(Ap 3:14-22) “Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

La ciudad de Laodicea

Laodicea fue fundada por Antíoco II (261-245 a.C.), y llamada así en honor de su esposa Laodice.

Fue una próspera ciudad debido a su ubicación en la intersección de dos importantes rutas. En aquellos días era uno de los centros comerciales más ricos de Asia Menor, además de un famoso centro bancario. Tal era su riqueza, que cuando la ciudad fue destruida por un terremoto en el 60 a.C., sus habitantes fueron capaces de llevar a cabo su reconstrucción por sus propios medios, sin necesidad de apelar a la ayuda de Roma.

La ciudad era famosa por sus manufacturas de ropas confeccionadas con la lana negra de la región. También se enorgullecía de contar con una famosa escuela de medicina donde se llegó a producir un unguento con propiedades para curar enfermedades de los oídos y un colirio para las enfermedades de la vista.

Otro detalle interesante es que en el año 62 a.C., allí había una importante colonia compuesta por más de siete mil judíos a quienes se les había concedido el derecho de conservar sus propias costumbres. Estos convivían con otros muchos grupos étnicos sin mayores dificultades.

En la ciudad se levantaban muchas y preciosas mansiones, cuyas ruinas todavía son visibles. Y dada la riqueza de la ciudad, sus habitantes se caracterizaban por la búsqueda del placer, por eso, entre sus edificios había un gran estadio, un hipódromo, tres grandes teatros, baños termales y se celebraban famosas ferias de mercadería.

En este ambiente había también una iglesia cristiana, establecida allí por la predicación de Epafras (**Col 1:7**) (**Col 4:12-13**) o de algún otro discípulo de Pablo. El apóstol les escribió una carta que se extravió (**Col 4:16**), y que se debía leer también en la iglesia de Colosas, y la que se escribió a los colosenses debía ser leída en Laodicea. La relación entre ambas iglesias no es de extrañar, puesto que Colosas se encontraba a tan solo 15 kilómetros al este de Laodicea.

En cuanto a la iglesia en la época en la que Juan escribió el Apocalipsis, no se registra que sufriese algún tipo de persecución o tuviera herejías. Su problema era el orgullo y la

ignorancia, provocados por su autosuficiencia y complacencia. Por esta razón recibió la condenación más severa de todas las que encontramos en estas siete cartas.

El remitente de la carta

(Ap 3:14) *“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto”*

Como en ocasiones anteriores, el remitente de la carta es el Señor Jesucristo, quien se vuelve a presentar con algunas de las frases con las que fue descrito en el capítulo 1.

1. *“He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero”*

Esta expresión subraya la fidelidad del Señor Jesucristo. En él todas las promesas son firmes e inconvencibles. Él es el que garantiza todos los pactos de Dios para con el hombre.

(2 Co 1:20) *“Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén”*

Al mismo tiempo es *“el Dios de verdad” (Is 65:16)*, quien nunca miente ni se equivoca. En este sentido, debemos relacionar esta expresión con la frase usada frecuentemente por el Señor en los evangelios: *“De cierto, de cierto os digo”*, que literalmente sería: *“Amén, amén os digo”*.

Complementando lo anterior, Cristo es *“el testigo fiel y verdadero”*, como en **(Ap 1:5)**. El hace exactamente lo que ha prometido y sostiene la verdad de Dios hasta el fin, sin importarle las consecuencias.

Como veremos más adelante, el carácter del Señor contrasta con el carácter y la infidelidad de los cristianos en Laodicea. Ellos deberían recordar esto a la luz de lo que Pablo escribió a Timoteo:

(2 Ti 2:13) *“Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo.”*

2. *“El principio de la creación de Dios”*

Esto no quiere decir, por supuesto, que Cristo fue creado antes que todo lo demás, tal como enseñaron los arrianos en el pasado, o los Testigos de Jehová y los Mormones en el presente.

Por el contrario, lo que se subraya aquí y en otros lugares, es la suprema autoridad y dominio que Cristo tiene sobre toda la creación por haber sido su creador **(Jn 1:3) (Col 1:15-17) (He 1:2)**.

En el libro de Apocalipsis debemos entender la palabra *“principio”* como un título divino idéntico a *“el Primero y el Último” (Ap 21:6) (Ap 22:13)*. Y del mismo modo fue usado por el profeta Isaías para aplicarlo a Jehová **(Is 41:4) (Is 44:6) (Is 48:12)**.

Cristo es la fuente, el origen, de todo lo que existe, y por esa razón en él encuentran sentido todas las cosas. Como escribió el apóstol Pablo:

(Col 1:16) *“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él”.*

Por eso, aunque tuviéramos todas las cosas que pudiéramos desear de este mundo, pero si no le tenemos a él, entonces seríamos inmensamente pobres, tal como le estaba pasando a la iglesia en Laodicea.

Cristo reprende a su iglesia

(Ap 3:15-17) *“Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.”*

A diferencia de otras iglesias, en el caso de la de Laodicea no hay ninguna palabra de alabanza.

1. *“Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente”*

El Señor conoce nuestras obras, lo que siempre muestra el verdadero estado espiritual de las personas. Las palabras pueden indicar otra cosa, pero el Señor afirma que es *“por sus frutos”* que se conoce un árbol **(Mt 7:16)**.

En este caso, lo que Cristo reprocha a esta iglesia es que no eran *“ni fríos ni calientes”*. Ni amaban ni odiaban. No se apasionaban por nada, ni por lo bueno ni por lo malo. Eran indiferentes. El agua caliente es útil para el baño, y el agua fría sirve para calmar la sed en un día caluroso, pero beber agua tibia es muy desagradable.

En este sentido es interesante notar el contraste con las iglesias de Éfeso y Tiatira. Observamos que en Éfeso los creyentes odiaban las falsas doctrinas pero no amaban, mientras que en Tiatira amaban a las personas pero no odiaban el error doctrinal, y en Laodicea ni amaban ni odiaban.

Con frecuencia, muchos de nuestros problemas nos vienen por irnos a los extremos y no guardar el necesario equilibrio. Pero aquí vemos que al Señor le desagrada que no seamos *“extremistas”*, que no seamos ni fríos ni calientes. Bueno, en realidad quiere que seamos calientes en el amor por él y que su obra arda continuamente en nuestros corazones. Como diría Judas, *“que contendáis ardientemente por la fe que una vez ha sido dada a los santos”* **(Jud 1:3)**. ¿Cómo podemos ser tibios en este asunto? ¿Cómo podemos ser cristianos y no ser afectados por su fuego? Esto describe muy bien a aquellos que sólo han hecho una profesión de labios, pero sin implicarse de corazón.

2. *“Por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”*

La iglesia en Laodicea estaba en una grave peligro, porque si persistían en esa actitud, el Señor los vomitaría de su boca. Literalmente le dice a la iglesia: *“estoy al punto de vomitarte”*. La implicación es que si no había un arrepentimiento genuino, la amenaza se iba a cumplir inmediatamente.

Como en anteriores ocasiones, el Señor vuelve a hacer una alusión al Antiguo Testamento para explicar lo que quería decir con esta fuerte expresión. Antes de que Israel entrara en la Tierra Prometida, el Señor les dio un solemne aviso que encontramos en **(Lv 18:24-28)**. Allí se les advirtió que iba a *“vomitar”* a los cananeos que vivían allí por causa de las abominaciones con que habían contaminado la tierra. No podía tolerarlos más, le hacían sentir enfermo. Pero a continuación, les advirtió a los propios israelitas que también haría lo mismo con ellos si seguían las costumbres abominables de esas naciones que Dios estaba expulsando delante de ellos. ¿Qué ocurrió? Al cabo del tiempo se olvidaron del Dios vivo y verdadero, no quisieron escuchar a los profetas que el Señor les envió para llamarles al arrepentimiento, y finalmente fueron arrojados fuera de la tierra y llevados en duro cautiverio a Babilonia. Era un asunto al que tenían que prestar atención.

La iglesia en Laodicea hacia enfermar al Señor. Su tibieza le resultaba insoportable. Podemos pensar en lo que sería beber agua tibia en pleno verano. Esta acción sugiere rechazo y disgusto. El Señor no tolera la tibieza.

Debemos preguntarnos entonces en qué consiste la tibieza.

- Implica indiferencia por las cuestiones espirituales. La persona no se preocupa por la enseñanza bíblica. No le importa si hay errores doctrinales y tampoco se preocupa por combatirlos.
- Falta de compromiso por la obra del Señor y despreocupación por el crecimiento espiritual personal.
- Frente al mundo hay una pérdida del sabor y los efectos que el creyente tiene que tener como sal. Se llega a un punto donde el creyente se confunde con el mundo y tampoco actúa como luz.
- Describe a un cristianismo sin entrega verdadera, hipócrita, falso, mecánico, mezclado con el materialismo.

Esta es una condición muy peligrosa en la que no hay ninguna garantía de auténtica vida espiritual, puesto que lo mismo puede describir a un cristiano mundano como a un profesante no nacido de nuevo.

La situación es grave. En el pasado, el cristianismo no negó la divinidad de Cristo, su encarnación, la redención de Cristo conseguida en la Cruz, ni su segunda venida... pero vivimos en una época cuando encontramos que en muchos seminarios teológicos se están negando estas cosas que son pilares fundamentales del cristianismo. ¿Dónde va a terminar todo esto? Cristo los vomitará.

3. *“Tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad”*

Otra pregunta que nos debemos hacer es cómo habían llegado a esta situación.

La respuesta la encontramos en las propias palabras de la iglesia en Laodicea: ella decía de sí misma que era rica y que no tenía necesidad de ninguna cosa. En esta frase parece entreverse que ellos mismos se felicitan a sí mismos por su situación. No veían ningún problema en su situación, de hecho, parecen rechazar el diagnóstico del Señor Jesucristo. El problema, por lo tanto, es que se negaban a verse tal como eran realmente, y para colmo, tenían un exceso de confianza en sí mismos.

Pero, ¿en dónde habían puesto su confianza?

Notemos que comienza diciendo: *“Yo soy rico, y me he enriquecido”*. En otras palabras, estaba expresando su orgullo y satisfacción por lo que habían ganado por sus propios esfuerzos. Seguramente los miembros de la congregación pertenecían a la clase alta de la sociedad, gozaban del respeto de la comunidad y tendrían dinero de sobra. Es probable que su lugar de reuniones fuera un edificio maravilloso, con muchas comodidades. Pero toda su riqueza se reducía a recursos materiales y humanos, pero esa no es la riqueza que el Señor valora. De hecho, habló de ese tipo de riqueza como *“el engaño de las riquezas”*, que impide que la Palabra sembrada en el corazón llegue a producir fruto (**Mt 13:22**).

Habían sido vencidos por el materialismo, creían que eran ricos, y en ese proceso de enriquecerse, su corazón se había enfriado en su relación con el Señor. Seguramente habían dejado también de asistir con regularidad a los cultos. Al fin y al cabo, ahora tenían tantas cosas bellas que disfrutar en esta vida que apenas les quedaba tiempo para orar, tener comunión con el Señor y con los hermanos. El materialismo les había vencido. Sin

duda, no hay ninguna cosa mala en muchas de las cosas materiales que podemos llegar a tener, y al Señor le gustaría darnos mucho más, pero él sabe que con frecuencia esas cosas nos alejan de él y nos llevan al desastre espiritual. ¿Qué hará un creyente materialista cuando llegue al cielo? ¿Se quedará ensimismado mirando las calles de oro y no será capaz de contemplar la gloria del Señor, ni disfrutar de su comunión? Por supuesto, eso no será posible, pero es importante comenzar ahora a poner las cosas en su verdadero lugar.

El caso de la iglesia en Laodicea era realmente grave. Miremos lo que dicen a continuación: *“Y de ninguna cosa tengo necesidad”*. Era verdad que la ciudad de Laodicea había sufrido un devastador terremoto que la destruyó, y sus habitantes habían logrado reconstruirla con sus propios recursos sin necesidad de pedir ayuda a Roma. Pero esta actitud, que puede resultar muy loable para ciertas cosas, no se puede aplicar a la vida cristiana. El orgullo espiritual que manifestaban no sólo era insensato, puesto que en estos asuntos nadie puede ser autosuficiente, sino que también era peligroso, porque como la Escritura señala, *“antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu”* (Pr 16:18).

En lugar de la dependencia del Señor, ellos habían llegado a sentirse tan seguros de sí mismos y de sus recursos, que hasta habían excluido al Señor de sus vidas, razón por la que luego lo veremos fuera, llamando a su puerta (Ap 3:20).

4. *“Y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”*

Los creyentes en Laodicea no tenían una percepción adecuada de su verdadera situación. Su riqueza les había dado una falsa sensación de seguridad. Pero su riqueza material no era un reflejo de su salud espiritual. Tal vez creían que se les debía envidiar, pero la realidad es que eran dignos de compasión.

Pero era difícil que cambiaran, porque para ello, en primer lugar, tendrían que ver la gravedad de su verdadero estado espiritual. Y aquí estaba el problema: la opinión de la iglesia difería radicalmente de lo que el Señor decía sobre ellos. Mientras que ellos se creían “ricos” y pensaban que no tenían necesidad de nada, el Señor los veía como *“desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos”*. Aquí radicaba uno de sus más graves problemas; estaban *“ciegos”*.

Según el diagnóstico divino eran merecedores de lástima, al fin y al cabo, sólo tenían dinero, ¡pobres ricos! Espiritualmente estaban en bancarrota y eran mendigos. Incapaces de ver su propia condición. Es la condición de una persona que se encuentra grave pero que se niega a ir al médico para ser tratada.

En este punto nos puede servir como ilustración el cuento de Hans Christian Andersen titulado *“El traje nuevo del emperador”*, también conocido como *“El rey desnudo”*. Hace muchos años vivía un rey que era comedido en todo excepto en una cosa: se preocupaba mucho por su vestuario. Un día oyó a Guido y Luigi Farabutto decir que podían fabricar la tela más suave y delicada que pudiera imaginar. Esta prenda, añadieron, tenía la especial capacidad de ser invisible para cualquier estúpido o incapaz para su cargo. Por supuesto, no había prenda alguna sino que los pícaros hacían creer que trabajaban en la ropa, cuando en realidad se quedaban con los ricos materiales que solicitaban para tal fin. Sintióse algo nervioso acerca de si él mismo sería capaz de ver la prenda o no, el emperador envió primero a dos de sus hombres de confianza. Evidentemente, ninguno de los dos admitieron que eran incapaces de ver la prenda y comenzaron a alabar a la misma. Toda la ciudad había oído hablar del fabuloso traje y estaba deseando comprobar cuán estúpido era su vecino. Los estafadores hicieron como que le ayudaban a ponerse la inexistente prenda y el emperador salió con ella en un desfile, sin admitir que era

demasiado inepto o estúpido como para poder verla. Toda la gente del pueblo alabó enfáticamente el traje, temerosos de que sus vecinos se dieran cuenta de que no podían verlo, hasta que un niño dijo: “¡Pero si va desnudo!”. La gente empezó a cuchichear la frase hasta que toda la multitud gritó que el emperador iba desnudo. El emperador lo oyó y supo que tenían razón, pero levantó la cabeza y terminó el desfile.

Un llamamiento al arrepentimiento

(Ap 3:18-19) *“Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete.”*

1. *“Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico”*

Estaban tan ocupados en la vida ganando dinero y comprando cosas, que habían desatendido el principal “negocio” en la vida, que es la compra del verdadero “oro divino”. Ellos no lo sabían, pero sus ilusorias riquezas no eran dignas de ser comparadas con todos los tesoros y sabiduría que están escondidos en Cristo (**Col 2:3**).

Ahora el Señor les hace una oferta de gracia: *“Por lo tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado”*. Este sería un lenguaje que entenderían bien en una ciudad mercantil como Laodicea. Sin embargo, el problema era que en realidad la iglesia estaba en bancarrota espiritual, ¿cómo podrían comprar? Pero la oferta del Señor aquí es la misma que encontramos en Isaías:

(Is 55:1) *“A todos los sedientos; Venid a las aguas; y lo que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche”.*

Esta es la única manera en que cualquiera de nosotros puede comprar de Dios. Pero para ello tendrían que abandonar previamente su estado de autocomplacencia y su egocentrismo. A cambio de eso, el Señor les prometía sus verdaderas riquezas: *“Oro refinado en fuego”*. Oro puro, sin mezcla de impurezas.

2. *“Y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez”*

Como ya hemos comentado, Laodicea era famosa por las ropas confeccionadas con lana negra que allí se producían. Pero en contraste con eso, el Señor les ofrece *“vestiduras blancas”*. Estas últimas hacen referencia a la justicia de Cristo imputada al creyente. Recordemos que a la iglesia en Sardis el Señor prometió a los creyentes que irían vestidos de *“vestiduras blancas”* (**Ap 3:5**).

Está claro que no se refiere a vestiduras literales, sino a ser revestidos de Cristo (**Ga 3:27**), a manifestar el carácter de Cristo (**Ef 4:22-32**). Al fin y al cabo, ¿de qué vale estar vestido con ropa muy bonita si debajo hay una personalidad mala y desagradable? La ropa más bella del mundo no puede cubrir un carácter irascible, mezquino, crítico, sarcástico, amargado... La auténtica belleza consiste en tener una personalidad humana como la de Cristo. Solamente así podremos entrar al cielo (**Mt 22:11-13**). De otro modo, si lleváramos al cielo aquellas cosas que pertenecen a nuestro viejo hombre, el cielo ya no sería cielo.

En Laodicea necesitaban vestiduras blancas para *“que no se descubra la vergüenza de tu desnudez”*. Es verdad que en nuestra desvergonzada sociedad moderna, hay muchos que abogan por imponer el nudismo en diferentes lugares públicos, pero desde la perspectiva divina, esto es una vergüenza. Así lo sintieron también Adán y Eva una vez

que pecaron (**Gn 3:7**). Ellos intentaron cubrir su desnudez con una hojas de higuera, pero Dios les proporcionó túnicas de pieles (**Gn 3:21**). Para esto fue necesario la muerte de un animal inocente. Y esto nos recuerda que para que nosotros podamos ser revestidos de Cristo y su justicia, fue necesario que previamente él muriera como “*el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*” (**Jn 1:29**).

3. “*Y unge tus ojos con colirio, para que veas*”

El colirio que también se producía en Laodicea, nunca lograría mejorar su visión espiritual. Por eso, lo que aquí les ofrece el Señor es el verdadero discernimiento espiritual que viene a través del Espíritu Santo. Sólo de ese modo podrían ver las cosas tal como Cristo las ve. Sólo Cristo nos puede dar la verdadera vista (**Jn 9:39**), porque él es la “*Luz del mundo*” (**Jn 8:12**).

No cabe duda que es muy importante tener una buena vista. Por otro lado, hay personas que no sólo ven bien, sino que además tienen “buen ojo” para el arte, los negocios, la comida... Pero de lo que se trata aquí, lo que de verdad es importante que veamos bien y lo sepamos apreciar, es la belleza que hay en la persona de Cristo. Y este era el problema de la iglesia en Laodicea; sólo tenían ojos para ver las cosas materiales. Pero si en este momento no somos capaces de percibir la belleza que hay en Cristo, ¿qué haremos cuando vayamos al cielo? Ellos necesitaban comprar colirio para que pudieran ver las cosas bellas y de valor eterno que se encuentran en Cristo.

Haciendo un resumen de este versículo, podemos decir que Cristo es todo lo que el hombre necesita:

- Riquezas divinas para nuestra pobreza espiritual.
- Vestiduras blancas de justicia para nuestra pecaminosidad.
- Vista espiritual para nuestra ceguera.

4. “*Yo reprendo y castigo a todos los que amo*”

Tal vez la iglesia en Laodicea no había ejercido la necesaria disciplina y corrección sobre sus miembros, y por eso habían llegado a esta lamentable situación. Pero si una iglesia rehusa ejercer la disciplina sobre el pecado, Dios mismo lo hará (**1 Co 11:27-32**).

Este castigo es una manifestación del amor y la misericordia divinas.

(Pr 3:12) “*Porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere.*”

(He 12:5-11) “*Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.*”

Los canteros cortan las grandes piedras a base de golpear con la maza en sus punteros; el escultor va quitando trozos de piedra con martillo y cincel para elaborar su figura; para

elaborar el vino hay que pisar las uvas; para extraer el aceite de las aceitunas es necesario exprimirlas, y un buen atleta debe someterse primero a rigurosos entrenamientos. No hay método más seguro para conseguir que un chico acabe en la ruina que dejarle hacer lo que le dé la gana. Y por supuesto, la disciplina y el sufrimiento son necesarios también para producir un carácter santo.

5. “Sé, pues, celoso, y arrepíentete”

El mal fundamental de la iglesia en Laodicea era su tibieza en los asuntos espirituales, algo que manifestaba en su ausencia de celo y entusiasmo en todo lo que hacían para el Señor. Por eso, la exhortación del Señor es: “Sé, pues, celoso, y arrepíentete”. Sólo así recuperarían el fervor.

Una exhortación

(Ap 3:20) “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.”

Como hemos visto, la situación era realmente grave. Tal era así, que el Señor ya no estaba “en medio de la iglesia” (**Ap 1:12-13**), sino que estaba fuera, llamando a la puerta para poder entrar. Esto describe una situación insólita, una iglesia que piensa que no necesita a Cristo y lo deja fuera.

Así que, como no podía ser de otra manera, el Señor los trata como incrédulos, y desde fuera, en su inmensa misericordia, los llama al arrepentimiento. Sigue buscándolos porque sabe que sin él seguirán estando desnudos y no dejarán de ser pobres y ciegos. Constantemente los llama esperando una respuesta, porque la puerta ha de ser abierta desde dentro, el Señor nunca entra por la fuerza en la vida de nadie.

Notemos que dice “si alguno”. Hasta este momento el Señor se había dirigido a la iglesia en su conjunto, pero la conversión es una cuestión personal, por eso aquí apela a cada individuo. Para el Señor no hay distinción de personas, todos por igual son llamados.

El Señor quiere entrar para tener una cálida comunión con cada persona: “Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”. Todo esto sugiere una relación familiar, disfrutando con calma de una buena cena después del duro día de trabajo. Quizá como un anticipo del glorioso banquete celestial que tendrá lugar en las bodas del Cordero (**Ap 19:7-9**).

Una promesa para el que venciere

(Ap 3:21) “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.”

Cristo venció al pecado y ahora está sentado en el trono celestial. Esto nos recuerda que al principio de su ministerio el mismo Satanás le tentó ofreciéndole todos los reinos de este mundo a cambio de su adoración. Por supuesto, el Señor rechazó esta tentación. Él contestó diciendo: “Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (**Mt 4:8-10**). Con su respuesta dejó claro que si para llegar a tener el mundo entero eso implicaba dejar de adorar a Dios, entonces no lo quería. ¡Qué ejemplo para nosotros! ¡Qué el Señor nos ayude a entender que él es el Creador de todo, y que teniéndole a él lo tenemos todo, y que sin él, nada de lo que podamos llegar a tener vale la pena ni tiene sentido!

Cristo venció por el camino de la cruz, dejando de ese modo un ejemplo a sus seguidores. Es verdad que como consecuencia de su fidelidad al Padre fue crucificado desnudo y en pocas horas murió, pero tres días después resucitó victorioso de la muerte y ascendió al

cielo, donde ha sido “*coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte*” (He 2:9). Aquello que parecía la derrota de Cristo, fue en realidad su victoria.

Ahora, desde esa posición de supremo honor, quiere que aquellos que también vencen al mundo por medio de la fe en él (1 Jn 5:5), se sienten con él en su trono, un privilegio que no merecemos y que recibimos por la gracia de Dios. Pero ¿cuál es la finalidad de esto? Pues no puede ser otra que la de reinar con Cristo sobre este vasto universo de Dios. Esto es lo que Dios desea para cada creyente.

Sin embargo, mientras estamos en este mundo, él probará nuestra fidelidad. Al fin y al cabo, gobernar el universo es una inmensa responsabilidad que no se puede dejar en las manos de cualquiera. Pensemos ahora en los creyentes de Laodicea, y en nosotros mismos, por supuesto. Quizá ellos eran como muchos otros que empezaron su carrera cristiana con ilusión, no faltaban a ningún culto y se esforzaban en crecer espiritualmente. Pero tal vez empezaron a ser atraídos por los placeres del mundo, de tal modo que dejaron de leer la Biblia porque preferían ver la televisión o navegar por internet. Cuando iban a los cultos, empezaban a mirar con inquietud el reloj si el predicador se alargaba un poco porque querían regresar rápido a casa para ver el partido de fútbol de su equipo favorito. Otras veces no iban a la iglesia porque se habían comprado una casita en la montaña y querían disfrutarla. Al final trabajaban tanto para pagar todos sus caprichos que ya no les quedaba tiempo ni para leer la Biblia, orar, ir a la iglesia, o compartir el evangelio con otras personas. En el caso de que estas personas fueran auténticamente creyentes, ¿qué ocurrirá con ellas cuando lleguen al cielo? ¿Qué puede poner el Señor en sus manos para que lo administren? La respuesta la encontramos en la parábola que el Señor contó sobre las diez minas (Lc 19:11-27). A aquellos que habían negociado hábilmente con el dinero recibido y lo habían hecho producir, el Señor les dio autoridad sobre varias ciudades, a cada uno en función de cuánto habían aumentado el capital inicial, pero a uno de ellos que no había producido nada, se le quitó incluso lo que le había sido dado.

Aquí encontramos un eco de la promesa que Jesús hizo a sus doce apóstoles:

(Lc 22:28-30) “Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel.”

Gobernar con Cristo es el más alto honor al que un ser humano puede aspirar. Ser dirigente por algunos años en una ciudad como Laodicea habría resultado algo de mucho prestigio para cualquiera de los creyentes allí, pero no comparable con lo que Cristo promete a sus hijos fieles.

Un llamamiento a escuchar la voz del Señor

(Ap 3:22) “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

Esta expresión que encontramos al final de cada carta tiene el propósito de que cada persona, de forma individual, recapacite sobre lo leído y lo aplique correctamente a su propia vida. Esto es importante, porque muchas veces oímos un mensaje de la Palabra y pensamos en cuánto le hace falta a los demás, pero no a nosotros mismos. Solemos hacer esto con las amonestaciones, sin embargo, no dudamos en aplicarnos inmediatamente a nosotros cualquier promesa de bendición que escuchamos.

Al final, cada una de las iglesias que recibieron estas siete cartas eran diferentes unas de otras, y la razón estaba en que cada una de ellas tenía una disposición diferente a escuchar la Palabra de Dios.

Ahora bien, en el caso de Laodicea, la pregunta que queda en el aire es si había alguien que todavía estaba dispuesto a escuchar la voz del Señor.

Conclusiones

La iglesia en Laodicea refleja una parte importante del cristianismo del siglo veintiuno. Aquí se describe una iglesia respetable, pero superficial y anémica. Como muchos cristianos en nuestros días, que sólo parecen emocionarse con los deportes, el cine o la política, pero no por conocer más del Señor o por compartir el evangelio con otros. Cristianos que se entregan por completo a los negocios o a los estudios, pero poco o nada a la causa de Cristo. Cristianos obsesionados con sus cuerpos y su apariencia física, pero despreocupados por su vida espiritual. Cristianos entregados a los placeres de este mundo y que no ven la necesidad de negarse a sí mismos y crucificar el yo. Cristianos solícitos en la búsqueda de nuevas experiencias, pero sin un verdadero anhelo de conocer más de la Palabra de Dios. Cristianos que ya no defienden la doctrina bíblica porque no la conocen y porque han abrazado el relativismo de este mundo. Iglesias con una perfecta organización y atractivos programas que pueden funcionar muy bien sin la presencia del Señor Jesús. Un cristianismo, por lo tanto, que ha dejado de ser relevante para el mundo.

Cuentan la historia de una iglesia que en la puerta de su local habían escrito un versículo bíblico que decía: *“Nosotros predicamos a Cristo crucificado”*. Con el tiempo, una parra había ido creciendo a su lado, y poco a poco empezó a tapar las palabras del versículo empezando por el final. Primero cubrió la palabra *“crucificado”*, y curiosamente, también la iglesia que se reunía en aquel local había dejado de predicar la Cruz de Cristo. Luego la parra siguió creciendo y también ocultó la palabra *“Cristo”*; algo que una vez más también guardaba relación con lo que ocurría dentro: ellos habían dejado de hablar de Cristo para centrarse en otro tipo de mensajes más sociales y del gusto de la sociedad moderna. Y finalmente, la parra creció hasta tapar la palabra *“predicamos”*, lo que también se correspondía con la realidad de esa iglesia: habían cambiado la predicación por otras actividades más entretenidas. ¿Qué quedó al final? Pues sólo la palabra *“nosotros”*. Cristo ya no estaba allí, sólo estaban ellos. Algo parecido a esto era lo que le había ocurrido a la iglesia en Laodicea. Roguemos al Señor que nos libre de ir por ese camino.